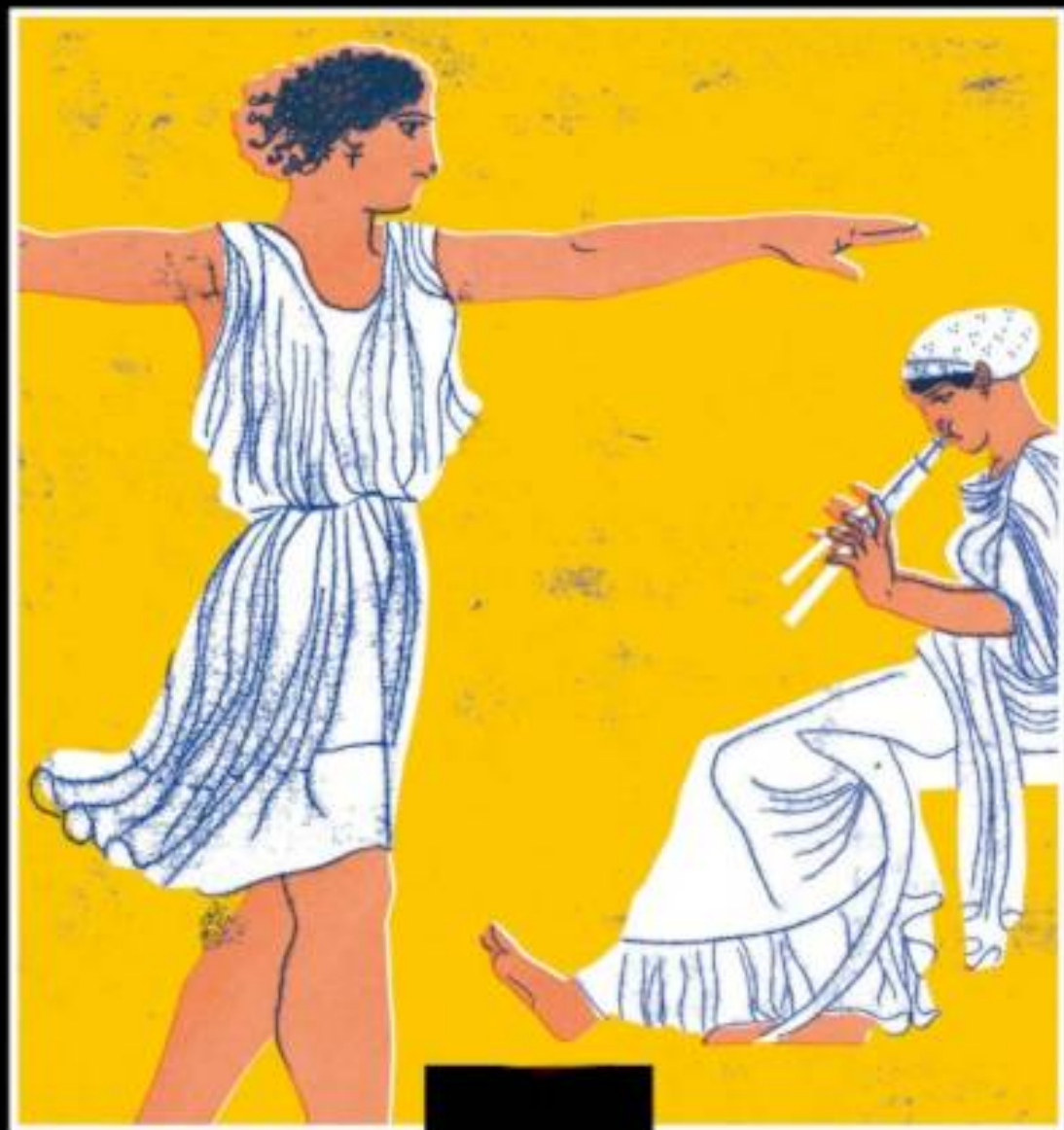


Javier Azpeitia  
MÚSIKA



*Músika* es una novela histórica situada en la Grecia antigua (finales del siglo V a. C., en el último periodo de la guerra del Peloponeso) que nos cuenta los últimos años de la vida de Eurípides y las circunstancias oscuras en las que murió. A través de un personaje de ficción –Mora, una sacerdotisa de agua convertida en esclava por los avatares de su vida–, el autor recrea la vida en la corte de sabios de Arquelao de Macedonia y recrea las intrigas y las envidias entre poetas, filósofos y demás participantes del «Banquete de los afortunados». Un relato de aventuras por parte de la protagonista, y de deslumbrante recreación de la Atenas clásica, a través de los autores teatrales, y las cortes de artistas en una narración llena de referencias mitológicas e históricas.

## Índice de contenido

Cubierta

Músika

Primera parte

1. El destino y la corneja
2. La esclava
3. Destrucción

Segunda parte

4. La taberna del Hipocampo
5. La jauría de Arquelao
6. Los mapas de Europa
7. Crucifixión
8. Filtros de amor
9. El mensaje
10. El banquete
11. Los leones lidios
12. Castigos de amor
13. Pintura y realidad
14. La hoguera
15. El perseguido
16. Tras la máscara

17. El etíope
18. El baile del frigio
19. La reina de los piratas
20. Libertad
21. El sacrificio
22. Una vida de heteras
23. La sibila
24. El ritual del sueño

### Tercera parte

25. El palacio de las mil puertas
26. El baile de la bacante
27. La biblioteca de Sófocles
28. Adiós a todo eso

### Sobre el autor

*En memoria de Arturo Muñoz, que llevaba  
la enfermedad con una sonrisa contagiosa*

... Y en fin, la Música, que es danza, melodía y poesía, por el placer que da y la belleza de su arte, nos acerca a la divinidad.

Estrabón, *Geografía*, 10, 3, 9

# Primera parte

## 1

## El destino y la corneja

[Pela, Macedonia, 406 Antes de la Era Común (AEC)]

... la triste cabeza  
alza su madre empuñada y la hinca,  
como de agreste león, en lo alto del tirso  
y la lleva a través del Citerón.

EURÍPIDES, *Bacantes*, 1139-1142

Por lejos que suceda, la muerte de una persona unida a nosotras por un vínculo estrecho nos sacude el cuerpo. El tiempo se quiebra, y no solo para ella, hermanas. Tras la ráfaga de viento que nos conmueve, si estamos despiertas, tocando un instrumento o tejiendo, los dedos se tensan y se confunden, y si acaso nos hemos dormido, nos abrumba el deseo de retomar la pesadilla donde la hayamos abandonado, pero, incapaces, enseguida encontramos alguna distracción pueril que nos permite evadirnos del estremecimiento y vagar desentendidas de esa muerte horas y días, y hasta lunas enteras. Por eso, cuando llega a casa al fin el mensajero con la noticia nefasta, antes de que hable, se nos verá palidecer y excusarnos, alejarnos en busca de la habitación más apartada, atrancar la puerta una vez dentro y, encogidas en una esquina, con los ojos cerrados y las manos tapando los oídos, declamar viejos poemas de vino y felicidad para no oír nada, intentando todavía aplazar el duelo.

En vano.



No os resultará entonces extraño que aquella noche, en el mismo instante en que el poeta Eurípides murió, Mora, su escriba, confundiera por completo la causa del estremecimiento que la arrebatava.

Estaba sentada junto a un brasero, en la torreta de la villa en que se había instalado Eurípides hacía un par de años, a las afueras de la ciudad de Pela, la corte de Macedonia. Lejos de Atenas. ¿Había oído en la noche ladridos distantes de un perro siempre despierto? Sintió unos pasos de danza a sus espaldas, la cadencia de una melodía susurrada, un crepitar de versos de los que de pronto apenas quedaba el rumor...

Incapaz de imaginar que la Música le llegaba de Eurípides, pensó que su memoria había atrapado el hilo de otra canción de las que le cantaba su madre en la infancia.

Se quedó el resto de la noche varada en el eco de aquella Música íntima. Pero no consiguió extraer una nota, ni una palabra, ni un movimiento, sino apenas una imagen: la de una mujer abrazando el cadáver desmadejado de su hijo. Y como en las pesadillas, la composición de las figuras no acababa de encajar. ¿El cuerpo viejo del hijo abrazado por una madre joven?

La sacó de su largo enredo el graznido de una corneja, y luego su sombra cruzando la badana traslúcida de la ventana. Era una señal clara, pero no quiso entenderla. Aunque al fin fue consciente del resplandor de la mañana, que inundaba a traición el interior de la torreta trayendo el frío.

Añadió un puñado de flores secas de cannabis al brasero, removió los rescoldos para que los poros de la piel absorbieran el calor en lo posible mientras aspiraba con suavidad el humo, y al fin salió de la habitación y bajó por las escaleras al patio de la villa. Quería dormir un poco.

–Mírame, *Nape*. ¡Mira! ¿Qué te duele?

El perro se había acercado a ella despacio. Lanzó un lamento agudo.

–Estás muy viejo, ya lo sé –dijo rascándole las orejas, mucho más negras que el dorso oscuro de sus propias manos.

Aprovechando que se había agachado, el perro le olisqueó la barriga. Era el primero de la casa que se daba cuenta de su embarazo.

–Dónde se ha metido el amo, ¿eh, Nape? ¿Llegó demasiado borracho?

Desde que se habían instalado en Pela, Eurípides siempre se levantaba de noche aún, y nada más despuntar el alba hacía un sacrificio incruento a la diosa Deméter en el altar del patio, simulando murmurar oraciones, y libaba sobre el altar, en vez de bebérsela, una mezcla de vino, agua y miel. Todo con el único afán de que luego las esclavas nuevas de la casa difundieran en el mercado su falsa piedad. Mora echaba de menos el olor a pan que dejaba en el ambiente la pasta cocida.

Jugando aún a evitar el dolor, Mora se sorprendió de que la Música inasible la hubiera distraído tanto como para no oír el portón de entrada al regreso de Eurípides. La noche anterior había ido a otro banquete en el palacio de Arquelao. No tenía edad ya para beber así. La manía del rey macedonio de tomar el vino sin mezcla iba a acabar arruinándole la salud.

El perro renunció al cariño que Mora le daba y se dirigió hacia la puerta del patio con urgencia cansina. Se detuvo allí y lanzó otro quejido, girando con ansiedad la cabeza en busca de sus ojos.

–Si me esperas un poco te acompaño –dijo ella echando a andar en dirección contraria.

Cuando pasaba junto a la higuera pelada, el recuerdo del olor de los higos la asaltó. En vez de utilizar el pequeño retrete que había en un recodo del patio, fue primero a la cocina y cogió un par de higos secos de la alacena, y después al establo, donde se remangó los faldones y estuvo un buen rato orinando en cuclillas sobre la acequia, en-

vuelta en el vaho del pis, mientras se comía un higo bajo la mirada del ojo amarillo de una mula.

Desde luego, la helada había sido tremenda. Y la inquietaba el recuerdo de la sombra de la corneja al trasluz. Sabía que las aves tienen su forma de hablar del tiempo y del destino.

De vuelta se asomó al dormitorio de Eurípides, que daba al patio, para ver la postura ridícula en que habría caído, el viejo borracho... Pero el jergón de la cama estaba vacío e intacto.

Le subió la ira como fiebre. Imbéciles. ¿No lo habían acompañado? Un cuerpo acostumbrado al calor de Atenas no puede resistir a la intemperie...

Con el miedo hincándosele en el estómago, Mora entró en el patio a la vez que por el otro extremo lo hacía Eco, la hija pequeña del poeta, que acababa de despertarse.

Intentó esconder su agitación. Eco era casi una niña. En realidad no había de qué preocuparse. Si se les había hecho tarde, en vez de dejar que los pocos invitados que vivían extramuros salieran de palacio con aquella helada, el rey Arquelao habría mandado preparar habitaciones para ellos. Ya estaba casi calmada cuando el chillido de otra corneja hizo que levantara la mirada.

El pájaro sabía bien adónde iba, igual que el anterior, con su vuelo rectilíneo. Era la dirección de la ciudad, del palacio de Arquelao.

—¿Has visto, negra, la graja? —le gritó sonriente la muchacha, que tampoco era supersticiosa y no distinguía las aves—. ¡Y de mano izquierda! Nos va a arruinar el día...

No sabes bien cuánto, pensó sin responder y caminando con prisa apenas disimulada hacia la puerta en la que Nape volvía a aullar. No necesitaba mirar para saber que la sonrisa se le había quebrado a Eco en el rostro.

Nada más abrir la puerta, divisó el círculo de avechuchos en vuelo. No estaba muy lejos, aunque fuera del camino. Nape salió delante al trote, pero se detuvo unos metros más allá volviendo la cabeza hacia ella. Dudó ante la posibilidad de coger una carretilla del huerto que estaba arrumbada contra el muro, a un costado de la entrada.

—¡Cierra y despierta a tu madre! —le ordenó a Eco, viendo que salía alterada tras ella.

—¡No! —chilló la muchacha—. ¡Voy contigo!

No iba a ser tan sencillo.

—Esa carretilla, la necesito —le dijo—. Sígueme.

Fue una buena idea, porque Eco no se atrevió a desobedecer de nuevo, y se quedó rezagada cuando ella echó a correr colina abajo.

El camino de Pela venía desde la ciudad de Terma y bordeaba la enorme laguna atravesando aquella planicie pantanosa, colmatada por el aluvión de tres ríos en el delta del golfo Termaico. Tras cruzar serpenteando las marismas, desembocaba en tres brazos hacia las colinas que coronaban Pela, engarzadas por una trenza de jardines a las casas blancas y en cuadrícula del llano. La ciudad brillaba cubierta por la nieve. Posado sobre la colina central y flanqueado por acantilados, con el torreón real clavado en el centro y la muralla crispada de torres más pequeñas, se levantaba el palacio, un complejo de edificios de mármol dispuesto en terrazas que colgaban sobre los cortados.

Para dirigirse a la zona en que se arremolinaban las aves, Mora tuvo que desviarse del camino por un sendero inhóspito. Atravesaba lo más deprisa que podía los canales que descargan la laguna, cruzando sin pensar los frágiles puentes improvisados por los lugareños. Más de una vez crujió la superficie helada del pantanal y se hundió en él hasta la rodilla. Solo alguien muy borracho o presa del pánico podría arriesgarse a adentrarse de noche por allí...

Entonces vio lo que había temido ver.

No parecía posible, no podía ser él.

No era él.

Al pie de un abeto solitario los pájaros se disputaban los restos de varios cadáveres. Eso le pareció. Mientras ella se iba acercando, cada vez con menos prisa, las aves más grandes echaron a volar con pereza, y luego las otras las siguieron.

Se detuvo ante un jirón de tela enganchado a una rama podrida y semihundida en el barro: un retal gris rematado por una banda dorada, idéntica a la del manto de gala de Eurípides.

Se quedó quieta, de pie, mirando a su alrededor, como si pudiera aplazar el dolor. *Nape* llegó al rato, jadeando con la lengua fuera. Se acostó agotado, en silencio, cerca de lo que parecía el torso de una de las víctimas.

Por un momento Mora rumió temores de griega supersticiosa: el abeto era el árbol de las bacantes, propicio al sacrificio humano. Estaban junto a las fronteras de Tracia, uno de los centros del culto a Dioniso, el dios-hombre descuartizado y resucitado, el dios perenne. Según decían los de allí, había en las noches invernales séquitos de bacantes enloquecidas e insensibles al frío que festejaban su locura atacando a los rebaños en los rediles, descuartizando terneros a tirones y atemorizando a los pastores...

Estaba tan aturdida que no se dejó llevar por el dolor. Caminó entre los restos intentando averiguar cuántos cadáveres había. Por todas partes se veían esculpidas en el hielo huellas de lobos. Las perras de Hécate, pensó. Había en las afueras de Pela, al norte, un santuario de Enodia, el nombre tracio de la sanguinaria diosa infernal Hécate. ¿Un sacrificio?

Entonces se dio cuenta de que las huellas eran demasiado grandes. Y lo vio con claridad: mastines. No eran huellas de una manada de lobos, sino de una jauría de perros enormes, de los adiestrados para la montería...

¿Los habían cazado como a ciervos?

Algo cedió a su pisada con un crujido y se le clavó en la planta del pie helado. Había olvidado ponerse los chanclas y tenía las abarcas empapadas. Lo que había pisado era una bolsa de lana rota, traspasada por el hueso puntia-gudo que la había herido. La tomó y vio dentro el costillar y las entrañas de un animal pequeño. La congelación impedía que pudiera distinguirlo olfateándolo, pero por los restos del pelaje parecía una liebre. Muy cerca, en el suelo, encontró la cabeza del animal, al que le faltaban las orejas, cortadas a cuchillo con parte del cuero cabelludo. ¿Un cebo?

Los habían abandonado con un cebo para que los perros no fallaran.

Mora se estaba helando. Quería irse de allí. Ahora Nape disputaba a tres cuervos con furia un despojo abultado. El perro agarró con los dientes el bulto y lo depositó a sus pies.

Miraba el bulto, pero no veía. Y pese a eso supo enseñada lo que era. Sintió en la barriga una punzada del feto de su hija. Tomó el bulto en sus manos y lo alzó.

Intentando escapar aunque fuera solo por un momento de allí, dejó su mente vagar un poco y casi sin buscarlo entró en trance. Recibió de nuevo la Música que durante su vigilia nocturna había asomado y luego desaparecido. Bailó en su imaginación la melodía, el lamento de la madre joven ante el cadáver del hijo viejo:

*¿Cómo podría llorar cada miembro del hijo besando,  
carne que fue de mis manos con mimos criada en un  
tiempo?*

*¿Cómo podría mi abrazo ceñir este cuerpo que aterra,  
trémula al solo contacto, mi sangre, y la agita con ira?  
Vamos, anciano, ayúdame a darle a la bella cabeza  
hueco en el cuerpo que entrambos al fin tornaremos  
nuevo, juntando los miembros ahora esparcidos por  
tierra.*

Versos de Eurípides. Dichos por una madre que ha irrumpido en escena con una cabeza de león, eso cree, ensartada en una vara, orgullosa de su caza, y allí, saliendo de su ebriedad, reconoce que la cabeza es en realidad la de su hijo, asesinado y descuartizado por ella misma en un arrebatado de locura. El lamento de una madre mientras reconstruye el cadáver de su hijo.

Solo faltaban aquellos versos para acabar la obra. Todo lo demás estaba escrito y enviado a Atenas, donde Eurípides el Joven, uno de los hijos del poeta, preparaba los ensayos para su representación.

¿El espíritu de Eurípides le había entregado a ella, su escriba, aquellos versos al morir?

—¡Mora! ¡Mora!

¿Quién la llamaba? Se aferró a su nombre para huir también de la angustia de los versos y salir del trance. ¿No tenía entonces más remedio que mirar el bulto que pesaba en sus manos?

Mirar no es conocer. ¿Qué era? ¿Qué era en realidad?

Era una cabeza y estaba fría como si acabara de caerse de una estatua.

Tenía la boca abierta, la cuenca de un ojo vacía..., el otro ojo sin párpado, enorme, con el iris de un verde turbio, descolorido. Tenía buena parte del pellejo de la cabellera arrancado, aunque le quedaban algunos mechones de la melena rubia de la que tanto presumía, a su edad.

Sintió que aquella visión le iba a robar para siempre el rostro sereno del poeta. La cabeza había sido desgajada del cuerpo por el cuello, a puros mordiscos, y tres tendones colgaban de la base sanguinolenta, rígidos como estalactitas.

La emoción que la asaltó era desconocida: puro deseo de venganza. Se aferró a ella. ¿Venganza contra quién? Tenía que averiguar quién había matado a Eurípides para devolverle el dolor.